

La inteligencia artificial

Ricardo León García

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0003-0802-5045

DE UNOS MESES A LA FECHA ha aparecido como alud incontenible una gran cantidad de artículos, libros, opiniones, bienvenidas y alarmas relacionadas con algo que, en términos generales, se trata todavía más de un deseo que de un fenómeno con el que estemos conviviendo: la inteligencia artificial (IA).

El mundo se ha dividido entre quienes temen al desarrollo de esta tecnología, no importa si se comprende de qué se trata, para qué se puede utilizar o qué tipo de problemas resuelve y quienes suponen que la humanidad ha llegado a un punto de avance tal que las máquinas llevarán a cabo todo cuanto no nos gusta hacer, inclusive razonar. Por cierto, nos hemos encontrado con visiones tan pesimistas que hablan del final de la humanidad gracias a las máquinas.

La aparición de argumentos y exposiciones sobre las amenazas de la IA han sido expresiones de poca seriedad en su análisis. Incluso, algunos miembros de los equipos que echaron a andar los programas para consumo masivo solicitaron una moratoria en su uso, que se comience a regular algo que todavía no existe y alarmando al mundo por algo que puede ser tan peligroso como desconocido. ¿Temieron a la competencia? ¿Qué se les ha salido de control?

Cada innovación, cada propuesta de algo nuevo debe ser evaluado. Es nuestra obligación ponderar el uso y las consecuencias de ello de cada nueva tecnología, de cada paso que se da para el mejoramiento de nuestro paso por la vida. Presentamos una breve colección de reflexiones sobre el asunto que por mucho tiempo será tema de discusión.

Ha resultado una coincidencia saber que quienes han colaborado para la integración de este dossier dan la bienvenida a este camino que ha abierto el desarrollo tecnológico, pero también encontramos que a ninguno de los colaboradores se le presenta este avance como algo que resolverá los problemas de la. En cambio, todos concurren en la necesidad de valorar con tranquilidad las posibilidades de la IA; de que se trata de una tecnología que está en proceso de construcción, aunque



avanza muy rápido; que las respuestas que da contienen muchos errores y que el cerebro humano sigue siendo mucho más confiable por su capacidad de razonar, de sentir, de discernir y de medir las consecuencias de sus propuestas.

Nos insisten también en no olvidar que todo cuanto resuelve la IA es a partir de la información generada y creada por la actividad humana y que fueron mujeres y hombres quienes alimentaron con información a esas máquinas. Seguros debemos estar de que no dirán nada que no hayan dicho ya las personas y que está contenido en la red. Cierto que la IA es mucho más rápida que la mente humana para reunir, comparar y seleccionar materiales para dar una respuesta en segundos, pero como lo demuestra Luis Garma, es capaz de corregir sus respuestas a partir de cualquier cosa que le incluyamos, independientemente de la veracidad o lo ilógico del nuevo dato. Si quien utiliza el servicio de la IA no repara en los hierros del programa, las cosas así se quedan.

Esto tiene mucho que ver con la idea que plantea Margarita Salazar sobre la cantidad de información que tenemos a nuestro alcance y el rechazo a ponderarla o a mantenernos en el uso trivial de la información banalizada. A tal extremo llega la facilitación de nuestras labores que buscamos que las máquinas nos resuelvan lo que sea. La resolución de lo que sea será a partir de

ese ente fabricado por algún doctor Frankenstein, como lo refiere Carlos Vargas, tomando cosas de aquí y de allá para alimentar esas enormes bases de datos utilizadas para emitir un discurso bien estructurado, aunque siempre como respuesta a lo que uno le cuestiona pues este “artificio lingüístico” es incapaz de iniciar una conversación y carece de la independencia “para generar saber más allá de lo que se le haya programado”.

Todas estas cuestiones nos remiten al campo de la Ética, una ética que no se le puede exigir a la máquina, sino a quienes diseñan sus programas y a quienes hacen uso de ellos. Cuando Garma demuestra qué tan fácil es que la IA genere alucinaciones y sea posible manipular el ChatGPT, nos remitimos a un escenario que fácilmente puede estar pletórico de información proveniente de lo que hemos llamado *fake news* que resultan de muy fácil construcción, voluntaria o involuntariamente, a partir de la utilización irresponsable de la IA. No todo lo generado por la IA corresponde al campo de la “no realidad”, sino que nuestra irresponsabilidad y falta de ética puede llevar a su utilización para llenar las redes sociales y cualquier medio de comunicación con información falseada. Lo planteado por Antonio Cancho-la está relacionado con este asunto: ¿cuál debe ser el papel del Estado, del derecho ante esta avalancha de información de la que no puede uno estar completamente seguro?



No, no se trata de pronosticar atmósferas enrarecidas a partir del uso de la IA. Así como los autores hablan de responsabilidad en el uso de la IA, de la necesidad del desarrollo ético de usuarios y programadores. No es posible cancelar la IA pero así como la sociedad tiene la capacidad

para producir este y otro tipo de adelantos tecnológicos, siguiendo a Luis Felipe Fernández, debe contar también con la conciencia y los elementos suficientes y serios para poder medir lo que en el futuro inmediato tendremos a partir del uso de estas tecnologías y a qué debemos atenernos.



Itzel Aguilera. *Don Cornelio y su esposa, 2014.*